

Equipo Sector Educación ARU
Elba Lazzaroni, Julio Navarro, Ricardo Moscato, Leonardo Nardin sj

1.- Algunos aportes que complementan la comprensión de esta etapa

El punto de partida es lo propuesto en la primera etapa: el hombre es creado por Dios a su imagen y semejanza, es decir en dependencia-relación; recibe todo como regalo (de Dios a través de los demás) que lo lleva a la gratitud, pero también tiene la responsabilidad de cuidar esos regalos. Nos invita a desarrollar un paradigma pedagógico que ponga en el cuidado de la creación, de la propia persona y de los demás una posibilidad cierta de vida en común humanizadora.

En esta etapa en la que los niños van construyendo con más firmeza su personalidad, se propone el *para qué* es creado, cuál es su **finalidad**, *por qué* existe en este mundo, *para qué* fue hecho, cómo cumple su *misión* y mediante *el descubrimiento de la vocación humana*, ser pleno, feliz, “salvar su alma”, como leemos en el Principio y Fundamento de los EE.

San Ignacio nos dice que es creado para Dios viviendo con y para los demás, en relación y dependencia (“alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor”). Este fin es la vocación a amar, a entregarse gratuitamente, a hacer el bien, a ser una bendición para los demás. Habla de la trascendencia que tiene cada ser humano realizando la finalidad para lo cual fue creado por Dios. Es descubrir con alegría y hacerse cargo con responsabilidad del trabajo cotidiano por la unidad, por el bien común, con el otro y para el otro, colaborando en la construcción del Reino.

En nuestra red hemos definido como transversal, tres aprendizajes pastorales, de los cuales el tercero -aprendizaje “compromiso”-, señala y desarrolla el sentido de la finalidad del hombre. Etimológicamente “compromiso” señala que se trata de una misión (*missum*) iluminadas desde las dos partículas iniciales: *com*, que se vive con otros, y *pro*, en favor de los demás. Para nosotros significa la conciencia de ser creados y enviados -como sueño del amor desbordante de Dios- a este mundo, recibiendo el regalo inmenso de vivir con los demás, y con la responsabilidad y el privilegio de ser un regalo para los demás, de ser una bendición para los demás.

En **nuestro contexto** fragmentado, dividido, esa vocación se expresa como ‘construir puentes en vez de levantar muros’. O, como nos presenta la parábola del Buen Samaritano ‘los que se hacen cargo de los demás frente a los que se aprovechan de los demás o pasan de largo’.

Mirando el contexto es necesario ir afinando la conciencia de nuestro ser vincular, en relación, de interdependencia con cada ser humano, en medio de una cultura que exalta los medios y no el fin, donde se propone el disfrute de los medios porque el fin parece lejano y no está en el radar de la atención consumista. La mayoría de nuestros chicos acceden al disfrute de estos medios que ofrecen una satisfacción fugaz, y que la grandísima mayoría de la Humanidad mira desde lejos, ajenos, sin posibilidad de acceso. En este afinar la conciencia, es deseable enseñar a superar el “me gusta”- “no me gusta” de la emoción efímera, invitando a una mayor

profundidad para tomar decisiones. Esta segunda etapa que nos propone incorporar el núcleo sapiencial del fin para el que soy creado, nos pone en “mi verdad ontológica” de ser creado para vivir en relación y que allí alcanzo la plenitud de mi ser. Es contracultural, va contra corriente de un movimiento egoísta que predica el ‘sálvese quien pueda’, y defiéndase de los demás, aumentando todo tipo de brecha y de polarización. Necesita de una pedagogía del acompañamiento y del discernimiento. Desde nuestros colegios, con los pilares de la espiritualidad y la pedagogía ignaciana podemos aportar mucho a la reconstrucción de este tejido social deteriorado mediante la cultura del Encuentro que propone el Papa Francisco.

Jesús, como en todas las demás etapas del Itinerario, es el centro y es quien ilumina cada momento.

En este mojón con el que culmina el nivel Primario ya está completo el germen del Proyecto vital de ser amigo de Cristo ‘con los demás y para los demás’. En secundaria este Proyecto vital ganará en comprensión, profundidad, se irá complejizando y transformándose cada vez más en una decisión autónoma desde la libertad personal; una decisión más consciente, comprometida desde la compasión y con distintas herramientas que lo hacen competente para cumplir la misión, el fin para el cual fue creado por Dios.

La flexibilidad propia de esta etapa y la disposición a aprender es la oportunidad de instalar los hábitos fundamentales. En la medida que logremos el desarrollo de estas virtudes, de estos aprendizajes esenciales, ingresarán a la pubertad más armados, y con más recursos para hacer frente al periodo crítico de la adolescencia. La primaria provee las herramientas fundamentales para el tiempo de las rebeldías, la soledad y la experimentación que supondrá la búsqueda de la propia identidad en la adolescencia. Quien no queda provisto de estos recursos en la infancia probablemente atraviese una adolescencia con mayores complicaciones.

En nuestra tarea formativa, que es contracultural, no debemos olvidarnos que Dios trabaja en la realidad, en las personas, dando el Buen Espíritu que lleva a la unidad, a vivir en el amor, que inspira y anima a la reconciliación y a la construcción del Reino. A esta iniciativa de Dios somos llamados dándonos la posibilidad de contribuir a la obra de la Salvación.

Por otro lado, estamos comprometidos a superar la actitud de ‘los que pasan de largo’, con una mirada desesperanzada, que no esperan nada de nadie ni de nada, y predicán que ‘no hay nada que hacer’, hundiéndose en el desengaño, en el fatalismo ‘razonable’ que cercena todo horizonte trascendente. Tenemos la obligación evangélica de mirar con la esperanza fundada en la Promesa de “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap 21,1).

2.- Algunas estrategias

Todas las estrategias que proponemos a continuación, deben considerar el ámbito comunitario concreto en el que el chico está inmerso (familia, curso, etc.: la “casa chica”), y el horizonte global de la Humanidad con su diversidad (barrio, ciudad, país, región, mundo: la “casa grande”).

a- Ayudar a promover una **sensibilidad** ligada a la dimensión socio-afectiva de nuestros MAFIs, del **ver-compadecerse-acercarse** (competencias del Aprendizaje Compromiso), y la sensibilidad para vivir esas competencias en el Aprendizaje en Servicio y experiencias significativas (**la acción con y para los demás**).

Ese ver, como el Buen Samaritano, parte del presupuesto de la dignidad inalienable que todo ser humano posee por ser creado por Dios. En esta etapa madurativa, además de ampliar la profundidad de la mirada en el ámbito más concreto de la familia y la comunidad del curso ejercitándose en la empatía, valorando a cada miembro de la familia y a cada compañero, en el telón de fondo de la cultura del encuentro, es bueno ampliar horizontes para ver (con compasión y cercanía) otras realidades, tanto en el ámbito del estudio como en la vivencia del Aprendizaje en Servicio.

Esta sensibilidad del ver suscita la compasión. Es una competencia a trabajar en forma explícita y progresiva en nuestras comunidades según la etapa evolutiva de los alumnos. El ejercicio de 'ponerse en el lugar', a veces con experiencias concretas y a veces con ejercicios de imaginación, acompañando 'ese salir de sí' que puede incomodar, pero hace crecer.

Y la compasión arrastra al deseo de acercamiento, por lo que hay que proponer espacios que faciliten vínculos saludables entre la comunidad chica y las personas que viven realidades diferentes. Recibir, valorar, integrar son acciones transversales a instaurar en lo cotidiano y en cada experiencia significativa.

El acercamiento, a su vez, orienta a hacer algo por el otro. En la parábola del Buen Samaritano se señala, entre otras, la acción de cuidar. El cuidado expresa densidad de valores y sentimientos como la valoración (se cuida lo valioso), la esperanza (se cuida lo que se espera conservar), la constancia (el cuidado se sostiene en el tiempo), la entrega y sacrificio (el cuidado implica dejar cosas para estar al servicio del otro). Se cuida lo que se ama, lo que se decide no dejar de lado, no 'usar y tirar'. La creación, los demás, las relaciones, se cuidan porque se reconocen valiosos regalos de Dios (ellos nos suscitan el asombro, la admiración, el estupor, la gratitud).

b- Ayuda generar espacios para reflexionar el fin del hombre de ser con y para los demás. Para ello hay que incluir la dimensión cognitiva, interviniendo en la **currícula**.

- Señalando el modo que nuestro pueblo tiene de vivir la relación con Dios en la **religiosidad popular** que siempre desborda en solidaridad; cómo el pueblo vive la alabanza y reverencia que señala San Ignacio; ese modo de creer que tiene nuestra gente sencilla. El modo de relacionarse con Dios, sobre todo afectivo, situándose desde la pobreza y necesidad absoluta de ser criaturas profundamente amadas, cuidadas por Dios. Es bueno tomarlo expresamente en catequesis, historia, literatura, etc.
- Proponiendo **narraciones de solidaridad** a través del arte, especialmente la literatura (sosteniendo el criterio del propósito formativo según la edad en la selección de obras que proponemos). También desde la Historia llena de hechos solidarios que ayudaron a superar situaciones críticas, haciendo germinar las semillas de amor que Dios pone en cada corazón, construyendo 'amor social'. Lo mismo en el estudio de la geografía, economía, etc., mostrando especialmente la alta vocación política, el amor político que lleva al sacrificio personal en aras del bien común. Implica también una mirada

prudente y sabia respecto a las fuerzas que se oponen al Bien común y a la amistad social, superando la tentación del determinismo y las diferentes formas de ideologismos.

También teniendo en cuenta la dimensión lúdica y deportiva, rescatando la dimensión simbólica de aquellos juegos posibilitadores de colaboración, acercamiento, solidaridad, conocimiento de la propia fragilidad y de la de los otros, aceptación de reglas de juego, y rechazando aquellos que son deshumanizantes porque promueven el egoísmo, la competitividad, etc.

El programa de afectividad sintoniza con este foco sapiencial del fin del hombre: la educación sexual cobra su verdadero sentido desde este horizonte de la vocación al amor, el modo de relacionarnos con los demás por el amor, ofreciendo nuestras personas para vivir en relación.

- El **trabajo colaborativo** es más que una herramienta pedagógica, pues se trata de un modo de estar en el mundo respondiendo a lo más profundo de nuestro ser: vivir en relación fraternal, completamente interrelacionados, dependientes unos de otros, necesitados unos de otros, responsables unos de otros, perteneciendo unos a otros. Todo esto sin exclusiones.

El trabajo colaborativo es el campo de ejercicio privilegiado de la cultura del encuentro pues se trata de una verdadera comunidad concreta que posee una misma meta y diversidad de dones y carismas¹. Más allá del resultado objetivo, el proceso vivido que pone en movimiento los afectos, las capacidades, el tiempo, todo en pos del bien común. Sin duda alguna, el mayor fruto es la consolidación de una porción de comunidad humana que gana en calidad y hondura en sus relaciones. Teológicamente es presencia del Espíritu Santo actuante en el mundo. Las relaciones saludables, amables, que optan por la comunidad, son fruto de ese Espíritu, pues “nada hay en el hombre que Tú no lo alientes” (Secuencia de Pentecostés).

c- Los docentes

Como en cada etapa, surge la necesidad de un trabajo planificado y sostenido con los docentes que son los mejores mediadores del aprendizaje.

En primer lugar, en su **formación** para apropiarse de este foco sapiencial que muestra el sentido de la existencia, el fin del hombre. La propuesta que contiene el documento como señalamos más arriba, el aprendizaje “Compromiso” -estructurado desde la parábola del Buen Samaritano-, es una herramienta que posibilita el acceso práctico a la transmisión del núcleo sapiencial que corresponde a esta etapa. Allí se encuentran las competencias para llegar a ser un verdadero hijo de Dios, amigo de Jesús, hombre con y para los demás.

El docente tiene incorporado el **diálogo** en su modo de proceder como condición para enseñar a dialogar. La cultura institucional debe tener al diálogo como el elemento natural que contribuye a construir vínculos saludables. Implica la escucha atenta asumiendo las dificultades y conflictos para resolverlos en clima de unidad y fraternidad.

¹ En un contexto social en el que los chicos pasan mucho tiempo con otros de su misma edad y menos tiempo con la familia (donde hay más diversidad de roles y edades), se advierten ventajas para el desarrollo pero también se advierte una profundización de la “competencia natural” que se despierta entre pares, por lo que la enseñanza de la colaboración (opuesta a la competencia) cobra un renovado sentido.

Se espera del docente que sea un muy buen mediador del aprendizaje en la **cultura del Encuentro**. Capaz de promover, ayudando a discernir, los liderazgos positivos que construyen comunidad.

Docentes dispuestos en **acompañar y cuidar fragilidades**, fomentando el crecimiento y fortalecimiento desde la libertad de cada uno, reconociendo que en la fragilidad habita Dios (cfr. Mt 25). Docentes que crean una cultura de la ternura, especialmente con el frágil, y por lo tanto enseñan a vivir este valor evangélico. También, que muestran con pertinencia y ubicuidad, en la dosis justa para acompañar los procesos de cada grupo de acuerdo a tiempos, personas y lugares, las fragilidades de nuestro contexto más amplio, en el cual estamos inmersos y absolutamente vinculados.

Docentes que saben y gustan **trabajar colaborativamente** con sus pares y hacen trabajar colaborativamente a sus alumnos, generando así un potente testimonio de una cultura fraterna.

Docentes que saben mediar en procesos de **reconciliación**, haciendo gustar el valor y el sentido del perdón, superando la tentación de la ira y la violencia “que enferma el alma personal y el alma de nuestro pueblo” (Fratelli Tutti. 242)

d- Las familias

La inclusión de las familias en el proceso formativo también es clave en esta etapa. Es el núcleo fundamental de amor y afecto para la educación y evangelización de los niños y jóvenes. Sigue siendo el espacio en el que se pone en juego la fe o la no creencia de las nuevas generaciones. En ella, podemos aprender un modelo educativo fortaleciendo el valor del *espíritu de familia* como clima propicio para el desarrollo de la persona.

En realidad, nuestros colegios colaboran con las familias en la educación de sus vástagos. Pero constatamos que las familias son parte de nuestra sociedad actual signada por la incertidumbre, el relativismo, el consumismo, etc., además de vivir nuevas formas de conformación familiar que rompen los modelos que estamos acostumbrados como ‘normales’. A veces con heridas profundas por el deterioro económico, la falta de trabajo y la violencia intrafamiliar.

Cada vez se dan más situaciones de nueva estructuración y también de desestructuración familiar. Más allá de eso debemos dejarnos afectar por las familias que existen, tal y como son, sabiendo que la familia cristiana es la que cree en Jesús.

Por eso, también consideramos importante en nuestra tarea educativa, una especie de **“alfabetización parental”**, que ayude a percibir y recuperar los valores evangélicos que nos humanizan y a fomentar **acuerdos** entre las mismas familias para que, a modo de pacto comunitario, todos podamos coincidir en vivir de acuerdo a esos valores, hábitos y virtudes, acercando criterios de discernimiento y superación de los conflictos frente a miradas distintas.

Apropiarnos como gran comunidad del sentido profundo de la cultura del encuentro, del compromiso, de poner la vida en clave de ser con y para los demás. Estos acuerdos debieran incluir el modo de diversión, de uso de las tecnologías, de principios de educación sexual, etc. También ayudar a las familias a realizar su “memoria del bien” para recuperar valores y virtudes propias expresadas en momentos difíciles, reconociendo las semillas de la fe en sus historias de vida.

Como modo de formación con las familias es bueno proponer métodos participativos que incluyan la imaginación, la contemplación, la reflexión, para que lleve a la acción de la vida

cotidiana según los acuerdos generados y la etapa evolutiva de sus hijos. Implica conocerlas y quererlas antes de “juzgarlas” para convocarlas “en contexto”.

Una de las características que hoy se ve, es que los chicos son criados como “en serie”, cuidados o vigilados por turnos, un poco el papá, otro turno la mamá, los abuelos, el colegio, una empleada... muchas veces sin conexión de modos y criterios, sin formar un “equipo” coordinado. Por eso la generación de acuerdos, puede contribuir a la unidad del mensaje que el chico recibe.

Entre estos acuerdos destaca la necesidad de reconocer que la adolescencia no empieza durante la primaria. La tendencia al adelantamiento de la adolescencia muchas veces obedece a conveniencias del mercado, a la sobrevaloración de esta etapa vital que inicia recién en la secundaria. El segundo ciclo de primaria es tiempo de niñez, de presencia adulta significativa y en lo posible estable. Adultos que somos conscientes que “quemar esta etapa” es hacer un flaco favor a nuestros niños. Los niños tienen derecho a ir despacio en su desarrollo personal, psicoemocional, social y espiritual.

Reconocemos también que los propios alumnos puedan ser agentes evangelizadores de sus familias, transmitir valores y la fe, a partir del involucramiento en experiencias profundas de fe y bondad.